

Todo son traducciones, todos somos traductores

José Saramago

Circula por ahí un programa que dice que esta comunicación, o charla, responde al título "La traducción según Saramago", lo que me recuerda peligrosamente el libro que más quebraderos de cabeza me ha dado: El evangelio según Jesucristo, de modo que, para evitar posibles complicaciones, sugiero que este nuestro encuentro lleve otro título más sencillo, pero quizá, a la vez, mucho más complejo: "Todo son traducciones, todos somos traductores". Y esto que parece un juego de palabras, no lo es.

¿Qué es traducir? En principio, y según los diccionarios --que siempre son indispensables aunque lamentablemente insuficientes-- es pasar algo, una palabra, un concepto, una frase de un idioma a otro. Es decir, hay que buscar el término que corresponda, más o menos --siempre más o menos--, y ponerlo en lugar del que teníamos. Hasta aquí podemos estar de acuerdo. Pero ¿qué es escribir sino traducir? Cuando uno escribe, sea poeta, dramaturgo, novelista o ensayista, lo que hace es traducir en palabras las ideas, los sentimientos, las emociones, todo lo que pasa dentro de su cabeza y su sensibilidad necesita expresar. Es verdad que puede alegarse para eso tenemos las palabras dentro de la cabeza y por lo tanto lo que hacemos es sacarlas de donde están para ponerlas fuera, en el papel, o donde sea. Pero eso es demasiado simple, significaría que sabemos dónde están las palabras, que podríamos encontrarlas instantáneamente, que no tendríamos que preocuparnos porque cuando las necesitamos --y aquí otra vez habría que preguntarse qué significa necesitar una palabra y no otra-- éstas aparecerán con todo su esplendor y rotundidad...

Sin embargo, no es así. Dentro de nosotros hay una especie de océano de vocablos, algo que no acabamos de conocer y que toca la frontera de lo inefable, si es que queremos dar tal nombre a lo que no se puede comunicar, aunque sepamos que nos habita. Tratar de expresar lo que sucede en nuestro interior, no es, a mi entender, otra cosa que traducir. Quizá sea yo el primer escritor que admite que lo que está haciendo sea traducción, ya que, en definitiva, vamos poniendo lo que pensamos y sentimos según fórmulas inteligibles que pertenecen a códigos consensuales de comunicación. Porque tenemos las palabras, claro que sí, pero el centro cerebral del lenguaje no es un archivo o disco duro donde se oprime una tecla y aparece lo que se necesita. Las cosas, como dicta nuestra propia experiencia, son mucho más complejas.

Hablamos de traducir y por lo tanto hay que hablar de traductores.

Durante varios años he sido traductor, he vivido del pan que ganaba traduciendo, luego sé de qué va este oficio al que siempre rindo homenaje con una aseveración que me parece justa y que ando repitiendo a lo largo y ancho del mundo: "Los escritores hacen las literaturas nacionales y los traductores hacen la literatura universal". Imaginemos que no hubiera traductores, y no sólo pienso en los traductores literarios, hablo también de los traductores científicos, legales, de los especialistas de las distintas ramas del saber o de relaciones humanas. Entonces, en este supuesto, cada país o cada idioma tendrían sus hablantes, sus escritores, sus lectores. Y la cosa acabaría ahí, en ese claustro que es reductor y que podría llegar a ser asfixiante. Claro que siempre se pueden aprender otros idiomas, hay quienes hablan hasta seis o siete. Pero, incluso en este caso, realmente magnífico, sólo hablarán seis o siete idiomas, no cincuenta, o cien, o mil. Es decir, necesitamos del concurso de quienes viertan a nuestras lenguas todas las otras que componen el mapa del mundo y de la historia.

Y es aquí donde se produce la entrada en escena del señor o de la señora que traduce. Normalmente, hay que decirlo, casi siempre son señoras, porque es trabajo mal pagado y los hombres no quieren estar mal pagados o también cabe suponer que no tengan la paciencia suficiente para trabajar hasta la perfección la página de otro, la paciencia de buscar y pensar sabiendo que tienen un plazo que cumplir, que contra toda preocupación de beneficio económico y social tienen que dedicarle horas y horas a una palabra para que el texto se acerque lo más posible a la riqueza expresiva del original.

Los traductores convierten el archipiélago incommunicable de los idiomas en un lugar de acogida. Ellos son los ingenieros que alzan los puentes necesarios para que transitemos quienes no dominamos los idiomas del mundo. Ellos nos aplanan el terreno del saber y del gozo. Ellos nos hacen llegar a planetas lejanos, a investigaciones científicas, al rumor indeleble de un poema.

Sé de lo que hablo. He sido traducido a 45 idiomas, publicado en cerca de 60 países, demasiado para poder mantener comunicación directa con todos mis traductores. Pero con algunos sí que tengo relaciones de trabajo e incluso de amistad. Y he de confesar que a veces me ponen en aprietos, porque me envían listas de dudas tan extensas que hacen que me interroguen acerca de la claridad de lo que escribo. No: esto es una broma, pero es cierto que a veces, al responder a las dudas que plantean, yo mismo descubro aspectos de mi labor que no había advertido en el proceso de escritura. Por supuesto, tengo que decir que no todo es tan amable, porque puede ocurrir y ocurre que está uno haciendo su trabajo y tiene que interrumpirlo para dar una respuesta que, ya lo he dicho, a veces al propio autor le resulta difícil, porque se ve confrontado con la dificultad de transmitir al traductor el significado exacto de una palabra, o de una idea que en un contexto parece obvia y en otro puede resultar incomprensible. De modo que encontramos al autor sumido en un estado de perplejidad porque suponía que aquel párrafo, aquella frase no suscitaría ninguna duda y ahí está el traductor interrogando impaciente: "y con esto ¿qué quiere decir?" y el pobre autor se las ve y se las desea para explicar con otras palabras lo que pensaba que ya estaba dicho, cerrado, publicado, entendido. Evidentemente no está mal dudar, todo lo contrario: en esta profesión, como en casi todo en la vida, no dudar puede convertirnos en auténticas amenazas públicas. Pero... ¿cómo explicar ciertos matices a una persona que está a miles de kilómetros de distancia, y que tiene una cultura distinta, hábitos diversos, otra historia, otras costumbres, mentalidad diferente...? Puede que lo que está escrito no tenga ningún sentido para el traductor. Por eso pienso que la primera condición para ser un buen traductor es conocer lo mejor posible el propio idioma. Conocer el idioma del que se va a traducir, claro que sí, pero, sobre todo, conocer a fondo el propio idioma, porque ése es el camino para llegar a la meta propuesta, que es hacer asequible el texto.

Entonces, volviendo a las listas de dudas que me llegan, a veces soy yo el que acaba dudando de la propia explicación. Porque incluso las nuevas palabras que apporto pueden tener tan poco sentido como las primeras que el traductor encontró en el libro, y en este punto los autores, o este autor, entra en el vértigo de no poderse hacer entender. Y este problema, que ya se plantea cuando se está escribiendo, vuelve a plantearse más tarde, cuando entre lo que has pensado y lo que va a llegar al lector median idiomas y culturas diferentes. En fin, ya lo he dicho, un vértigo.

Esto me recuerda que hace años, en Amsterdam o Rotterdam --ahora mismo no me acuerdo-- estábamos en un encuentro organizado por el Parlamento Europeo. Se trataba de un debate sobre ética y participaban teólogos y filósofos, entre ellos un filósofo japonés que declaró que era católico, pero que no nos equivocáramos, que aunque él

creía en todos los dogmas de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, eso no significaba que su creencia y su relación con la fe fueran iguales que las de un católico europeo. El hecho de tener una cultura tan diferente de la cristiana le daba a su vivencia religiosa una dimensión completamente distinta. Y miren que hablamos de la misma religión. Ahora hay que preguntarse ¿cómo se traduce esto? Si me piden una respuesta diré que con mucho trabajo y con mucha sensibilidad. Y quizá no se consiga completamente.

Pero bajemos de lo trascendente a cosas más sencillas: lo que en castellano se llama calle, para nosotros portugueses es rua. Los italianos dirán vía, los alemanes dirán strasse, los ingleses, street, y parece que ya está todo claro, basta con pasar de una palabra a la otra. Si en la obra original aparece rua, pues entonces mi traductora al español, que está aquí, Pilar, sin más remedio pondrá calle. Y sin embargo no es lo mismo una rua que una calle. Físicamente quizá sí, por ahí pasan los coches, la gente baja y sube, hay tiendas y todo parece igual, pero hay una realidad sociológica totalmente distinta entre rua y calle, entre calle y vía, entre vía y strasse. Sabemos que al traducir tendremos que actuar así, que no hay alternativa porque la traducción única, unívoca, es ésta, pero es bueno que tengamos conciencia de que realmente no estamos diciendo lo mismo.

Me gustaría contar una anécdota que me sucedió hace muchos años, cuando traducía un libro de relatos de Colette, concretamente uno que se llama "El niño enfermo", que es absolutamente deslumbrante. Colette era una escritora que tenía una dimensión extraordinaria para las sutilezas del sentir. Narra, en este caso, la historia de un niño con parálisis infantil, que se está recuperando de una enfermedad aunque todavía tiene fiebre. A ese niño le gusta mucho leer. Sobre la cama, hay libros, unos con ilustraciones, otros no... y él está en esa especie de otro mundo al que se llega cuando se intenta leer en la somnolencia de la fiebre... La descripción de todo esto crea una atmósfera realmente incomparable. En un momento determinado se habla de un libro encuadernado en, según Colette, y literalmente traducido al castellano, "cuero amarillo", así, como suena. Mi pregunta era obvia ¿cuero amarillo? No puedo escribir en portugués "couro amarelo" o en castellano "cuero amarillo" porque no es cierto, tiene que haber otra manera de traducir lo que Colette escribe. Y da igual que la materia sea cuero, que el color sea más o menos amarillento, "amarillo" es una palabra que no puede caber aquí. Pero todo me empujaba hacia la traducción directa, unívoca, "cuero amarillo", "couro amarelo".

En aquellos tiempos, muy al principio de mi actividad de traductor, me tomaba todo muy en serio. Era como si me estuviera jugando mi propia vida en cada palabra que pasaba de un idioma a otro, tenía un sentido de la responsabilidad tremenda. Pero el diccionario de francés-portugués no me decía nada más que esto, "cuoro" "amarelo". ¿Qué es lo que hice? Acudí a un diccionario de portugués para ver si allí encontraba alguna palabra de raíz similar a la francesa, y que significara lo mismo, acudí, tengo que decirlo, con el corazón temblando... y temblando encontré lo que necesitaba. Hay una palabra portuguesa que ya nadie usa, una palabra arcaica, de esas que exigen consultar el diccionario, que quiere decir exactamente lo mismo: amarillo, y que es... jalne. Como la palabra cuero tampoco me gusta, porque normalmente los libros se encuadernan en piel de oveja o de carnero, que nosotros llamamos carneira, entonces el libro de Colette quedó encuadernado en carneira jalne, que es, tenéis que reconocerlo, mucho más bonito...

Ahora bien, el reconocimiento de los traductores, eso de que "los traductores son los que hacen la literatura universal", me va a costar algún dinero. Hace dos o tres

semanas nos llegó, hablo en plural porque Pilar es quien se enfrenta al correo, una propuesta de una traductora europea preguntando si estaría de acuerdo en revisar las condiciones del contrato que ella tiene con el editor, subiendo un poquito de un lado, bajando otro poquito de otro lado, para obtener algún beneficio mayor de su trabajo etc., etc., etc. Bueno, es evidente que uno tiene que respetar su propia palabra y no puede tener dos discursos, el teórico "sí señor, tiene todos los derechos" y el práctico "no señor, sólo tiene los derechos que a mí me convengan". Y cuento esta anécdota porque creo que si los traductores hacen la literatura universal, o la ciencia universal, deben exigir que se respete su trabajo, con reconocimiento profesional y con remuneración económica satisfactoria. La reivindicación profesional de mejores condiciones de trabajo y salario, de plazos razonables para entregar los textos sin tener que entrar en esa dinámica diabólica de ir siempre contrarreloj, a veces en detrimento del texto y de la propia estima, es algo que se impone y que espero que este congreso reafirme. Creo que si el mundo de la edición tiene muchos aspectos que revisar, el de la traducción es uno de ellos y no el menos importante.

A veces se dice: "pero no todos los traductores son buenos". Ah, claro, evidentemente, como no todos los médicos son buenos, ni todos los ingenieros, ni todos los editores. Pero no es un problema de "traductores", es más complicado, es la ausencia de reconocimiento del papel y del oficio de traducir. Y mientras no sea efectivamente reconocido, en la práctica y en la teoría, aunque se avance mucho en situaciones concretas, no se habrá ganado la batalla.

Lo voy a decir con otras palabras: el traductor no come en la cocina. Hay que desterrar esa idea de tarea subalterna, de que el traductor es sencillamente un cable que une un idioma a otro y, por lo tanto, no tiene más función que la de cable. O la de la cañería, que permite que tengamos agua cuando abrimos los grifos de casa, pero nadie, ante la luz o el agua, ve o piensa en los cables y en las cañerías. Nadie piensa en los traductores cuando se enfrenta a los libros que contienen lo que necesitamos para vivir como seres inteligentes y cultos. La sociedad no contempla con respeto al traductor y, sin embargo, sin el traductor de hoy y de ayer no seríamos quienes somos.

Hay otro tipo de traducción que no tiene una relación directa con el oficio aunque quizá los profesionales podrían echar una mano para ayudar a comprender. Se trata del discurso político. Según vengo observando, todo discurso político necesita ser traducido. Quiero decir el discurso político que escuchamos en nuestro propio idioma. Porque, si tenemos en cuenta lo que en mi última novela llamo los subtonos, es decir, lo que envuelve y acompaña a la palabra emitida, que tantas veces quiere decir lo contrario de lo que aparenta decir, entonces el trabajo de los traductores se convertiría en un elemento imprescindible para nuestra vida de ciudadanos. Oímos palabras como democracia, fraternidad, integridad, justicia, igualdad, y sabemos que no siempre dicen lo mismo, que para el poder tienen un significado, mientras que para el ciudadano mil veces engañado, el que no se siente respetado, el que no ve perspectivas, esos hermosos conceptos pueden estar diciendo otra cosa, por ejemplo, dame tu voto, que luego ya me encargaré de seguir mintiéndote. De modo y manera que el trabajo de traducción de los tonos y subtonos puede salvar a los traductores. Y a la sociedad, quién sabe... Ya en serio: a mí me gustaría oír en este Congreso una comunicación que tratara del discurso político como imposibilidad de traducción, porque ¿cómo se va a pasar el discurso que está escrito en un idioma a otro discurso escrito en el mismo idioma pero que diga finalmente lo que el primero no está diciendo? Y que conste que hablo con el respeto que merecen los políticos, pero si aquí hemos concluido que no todos los traductores son buenos, ni todos los autores, ¿por qué habrían de serlo los políticos? En

definitiva, lo que he pretendido con estas rápidas digresiones es dar un toque de atención acerca de aquellas cosas que me preocupan en mi vida como ciudadano y también en mi quehacer literario, hasta tal punto que mi próxima novela no andará muy lejos de lo que aquí acabo de exponer...

Vamos llegando al final y quiero hacerlo volviendo a recuperar la reivindicación de ciertas palabras, tanto en su significado como en su significante. Verdaderamente tenemos un problema de comunicación en la sociedad que este Congreso no puede resolver, porque tendrá que ser tarea de todos, traductores incluidos. Y es que si ya no se puede recuperar el uso de la palabra *jalne*, que nadie usa en Portugal, sí hay otras palabras que están esperando que les demos una nueva vida, brillante, a ser posible, remediada, si no llegamos a más. Pero esas palabras, las que el uso político ha gastado y muchas veces deshonrado, contienen dentro de sí, por las buenas voces que también fueron incorporando a lo largo del tiempo, los elementos que estamos necesitando para hacer de nuestros mundos lugares de encuentro, ya sin máscaras, ya con las palabras limpias que se puedan traducir y repetir en los distintos idiomas de la tierra. Para eso también nos hemos reunido, para hablar de la dignidad de la profesión de traductor, para celebrar que trabajamos con palabras, para intuir que con ellas podemos ser útiles en la sociedad. No se puede pedir menos, no se puede pedir más.